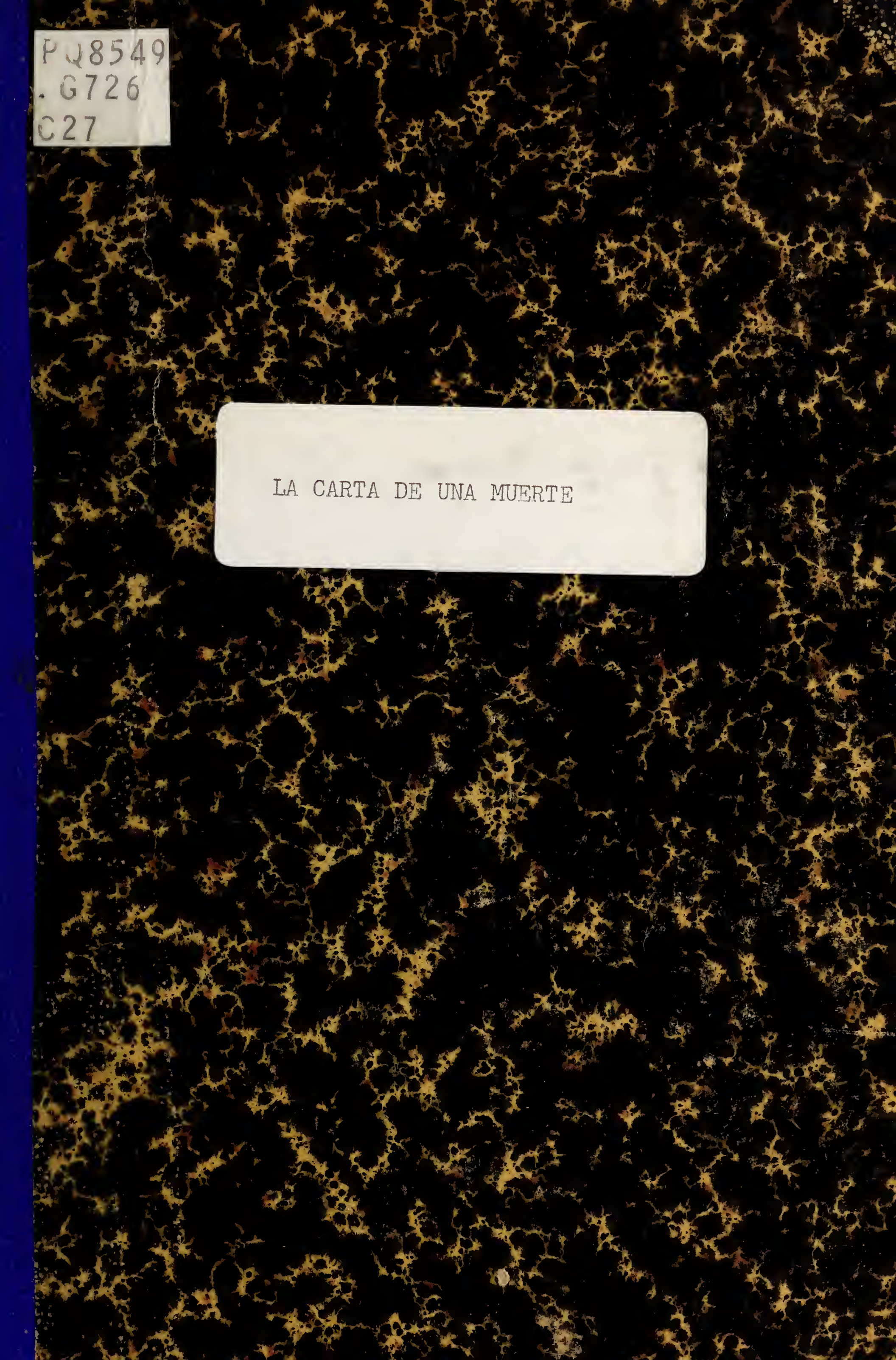

LA CARTA DE UNA MUERTE

(TEATRO VENEZOLANO.)

LA CARTA DE UNA MUERTA.

DRAMA EN 3 ACTOS Y EN PROSA.

POR

JULIO E. GUADALAJARA.

Dedicado como humilde testimonio de amistad á los señores generales José Cecilio de Castro, Cárlos Plaza, Doctor Salvador Mena, Juan Luis Aldrey, Cárlos Echeverría, I. Jocko y al honrado Gremio de artesanos de esta capital.



CARACAS.
Imprenta de vapor de "La Opinion Nacional."—Plaza Bolívar.
1880.

VENANCIO PULGAR,

GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL.

Hago saber: que el ciudadano Julio E. Guadalajara se ha presentado ante mí, reclamando el derecho esclusivo para publicar y vender una obra dramática de su propiedad, cuyo título ha depositado y es como sigue: "La carta de una muerta;" y que habiendo prestado el juramento requerido, lo pongo por la presente en posesion del privilegio que concede la Ley de 8 de abril de 1853, sobre propiedad de las producciones literarias, teniendo derecho de imprimirla, pudiendo él solo publicar, vender y distribuir dicha obra por el tiempo que le permite el artículo 1.° de la citada Ley.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello del Distrito Federal y refrendado por el Secretario accidental de Gobierno en Carácas á 28 de enero de 1880.—Año 16.° de la Ley y 21.° de la Federacion.

V. Pulgar.

Refrendado.—El Secretario accidental de Gobierno,

A. Esparragoza.

PERSONAJES.

ELENA.

CÁRLOS LAFUENTE.

ERNESTO SANTA-CRUZ.

REMIGIO VERMONT.

DON PEDRO SANTA-CRUZ.

UN CRIADO.

EL PRIMER ACTO TIENE LUGAR EN MADRID: EL 2° Y 3° EN CÁDIZ.

ACTO PRIMERO.

—

DUDAS Y CELOS.

—

Sala en la casa de Elena.—Puerta al fondo y laterales.—Es de noche.

—

ESCENA I.

CARLOS, *solo.*

CARLOS. (*que acaba de entrar y como hablando con álguien por la puerta lateral de la izquierda.*) Acabo de entrar, doña Gertrúdis. Diga U. á Elena que continúe comiendo con tranquilidad. Sabe U. que no soy visita de cumplimiento. (*Avanzando y sentándose*) Veamos por última vez quizás los objetos que me rodean. Respiremos este aire que tantas veces ha dado vida á mi corazon! Pero, qué hacer?.....Quién es el necio que provoca combate á su destino? Ya que no puede ser de otro modo, preciso es resignarnos, y arrancar de raiz, por grande que sea nuestro dolor, todas las esperanzas que nos sonrieron y que nuestra mala suerte hace irrealizables. Y, podré arrancarlas? ¿La ausencia será bastante para ello?

ESCENA II.

CARLOS *y* REMIGIO VERMONT.

REMIGIO. ¡Hola! Eres tú? (Creí que no habria llegado.)

CARLOS. Sí, yo soy, amigo mio. Cómo vamos?

REMIGIO. Mal. Acabé de perder lo que quedaba en mi bolsillo, y he renunciado por hoy á intentar otra jugada, convencido de que la fortuna continuará siéndome adversa.

CARLOS. Por dicha, tienes tela donde cortar. Sin embargo, como amigo tuyo que soy, y amigo antiguo, te aconsejo que modifiques tus ideas, pues el dia qüe ménos lo esperes, vas á quedarte sin un ochavo.

REMIGIO. No solo acepto tu consejo, sino que lo pondré en práctica inmediatamente. Es tristísimo reclinarse uno sobre comodidades y placeres y despertar sobre los jergones de la miseria.

CARLOS. Ya se vé que sí. Y que á tí te seria eso más doloroso que á otro. Acostumbrado desde tiempo inmemorial á comer régiamente, á vestir bien....Y vaya si viste bien! Figúrese U....Un hombre que no abandona los guantes ni para dormir.

REMIGIO. (*inmutado.*) La has dado tú con....

CARLOS. Con tus guantes? Y no me falta razon. En diez años que te conozco, ni una sola vez te he visto sin ellos.

REMIGIO. Qué quieres? Sabes, como te he dicho ya, que el frio en las manos me excita horriblemente los nervios y....Pero hablemos de otra cosa. ¿ Por fin realizas esta noche tu viaje?

CARLOS. Mis resoluciones son irrevocables. Me he despedido de mis amigos, he arreglado mi equipaje, y dentro de una hora, Dios mediante, parto.

REMIGIO. A lo que nos obliga el amor!

CARLOS. A lo que me obliga la fatalidad, dirás más bien. No hay otro medio. Tal vez la distancia se encargue de hacer lo que no han hecho mis propósitos ni la reflexion.

REMIGIO. Pero no concibo que amándola tanto....

CARLOS. No soy de los necios que se empeñan en alcanzar imposibles, ni de los temerarios que se complacen en reinar sobre corazones muertos. Me has ofrecido estar en Cádiz dentro de ocho dias.

REMIGIO. Y te reitero mi ofrecimiento: un cambio de aires, nunca viene mal.

CARLOS. Necesito, siquiera los primeros dias, oir una voz amiga que me haga ménos pesada la separacion.

REMIGIO. ¿Tardarás mucho en abandonar esta casa?

CARLOS. No saldré de aquí, miéntras no vea á Elena y le dé mi último adios.

REMIGIO. (*tomando el sombrero y aparte.*) Pues, señor, hoy tambien he perdido mi tiempo.

CARLOS. Te vas?

REMIGIO. Me urge recoger unos vales á la mayor brevedad. Trascurridos algunos minutos, iré al hotel á despedirme de tí.

CARLOS. Cuento con eso.

REMIGIO. Ofrece á Elena mis respetos.

CARLOS. Descuida: así lo haré. (*Váse Remigio.*)

ESCENA III.

CÁRLOS, *solo.*

CARLOS. Ese hombre es feliz! Bailes, trajes, paseos donde impera el lujo, negocios que amenguan la dignidad, todo ese fantasma de oro con su cortejo de sombras, constituye la felicidad de algunos séres; pero todo eso con sus armonías y con sus colores pasa y se pierde entre la bruma del tiempo, sin dejar una chispa siquiera que recuerde su luminosa carrera. Y qué importa que pase y que se pierda?....Esos séres sonrieron, aunque por breve tiempo, creyeron en la existencia de un porvenir, y por mucho que hoy sufran, guardan por lo ménos la dulce memoria de la pasada dicha. (*Pausa.*) ¿No es preferible esa vida de los sentidos, por rápida que sea, á esta vida del alma en que si hoy se padece, mañana se agoniza? ¡Qué feliz es Remigio!

ESCENA IV.

CARLOS *y* ELENA.

ELENA. Muy pensativo está U.

CARLOS. Elena!

ELENA. ¿ Desde cuándo por aquí ?

CARLOS. No ha mucho tiempo. Haciendo uso de la confianza con que U. me honra, me he introducido á esta sala, prohibiendo que se la molestase con mi llegada.

ELENA. Sabe U. Cárlos, que le da derecho á esa confianza, la amistad que por tantos años nos une.

CARLOS. Gracias.

ELENA. ¿ Se ha informado U. esta tarde de la madre de Ernesto ?

CARLOS. Mis muchas ocupaciones de hoy me lo han impedido.

ELENA. Pobre Señora ! Quiera Dios obrar un milagro concediéndola algunos años más de vida. Si por desgracia muere, cuánto dolor para su noble esposo y para Ernesto, tan buen hijo, tan amante, tan....

CARLOS. Calle U. por Dios, Elena. ¿ No sabe U. que esos elogios me hacen mucho mal ? Ernesto ! siempre ese nombre en sus labios. No parece sino que se complace U. en repetirlo para mortificarme más. Si cuando logro estar á su lado él se halla ausente, no encuentra U. palabras con que enaltecer sus méritos ; y si para más tormento mio él llega á esos umbrales cuando yo mendigo una mirada de esos ojos, se levanta U. conmovida y corre á estrechar su mano, con la sonrisa en los labios y radiante de satisfaccion.

ELENA. ¿ Y eso le sorprende ? Oiga U. lo que tantas veces le he manifestado ya. La historia de mis primeros años está envuelta para mí en la oscuridad, y desde que hubo luz que alumbrase mi razon, solo sé que la madre de ese jóven ha sido mi providencia en la tierra. Ella puso junto á mí á la buena Gertrúdis, para que me cuidase y me sirviese, ella me ha dado sustento y educacion, me ha abierto las puertas de su casa, donde siempre he encontrado sin igual cariño....Cárlos, si lo poco que valgo y todo lo que soy, se lo debo á ella, ¿ cómo no quiere U. que reciba á

su excelente hijo con regocijo en el alma, con sonrisas en mis labios?

CARLOS. ¿Pero ignora U. que yo la amo y que todo eso me mata? ¿No sabe U. que la adoro con locura desde el dia en que por mi mal la ví, y que pasan meses y meses, años y años, sin que haya podido apagar este amor que trueca mi vida en un infierno?

ELENA. Y ¿qué hacer amigo mio?

CARLOS. Huérfano desde mi primera edad, sin el benéfico calor de un hogar ni el recuerdo de una caricia de mis padres, llegué á ser hombre, sin otra idea en mi mente, que la de crearme un porvenir por medio del trabajo. Por más de seis años permanecí indiferente á los placeres del mundo y contraido exclusivamente al cálculo y á las operaciones mercantiles. De dia, de noche, á todas horas mi cerebro bullia, pero mi corazon estaba dormido, helado. Llegó por fin el dia en que mis ojos se encontraron con los de U. y.... no puedo describirla lo que pasó por mí. Mi corazon despertó sobresaltado, palpitó con violencia, y rápido como el huracan, desenterró los afectos de su pasado, arrancó afectos al presente, robó afectos al mañana, y reuniéndolos todos, formó un amor inmenso para consagrarlo eternamente á U!

ELENA. Y yo convencida de la verdad que encierran sus palabras, ni le he negado mi amistad, ni me he considerado ofendida, y apreciándolo á U. en lo que vale y no queriendo perder su estimacion, más de una vez le he dicho con ingenuidad: Cárlos, trate U. de acallar ese amor que le domina, confórmese U. con el afecto de amiga sincera, es todo lo que puede darle esta pobre huérfana. ¿No me he espresado siempre así?

CARLOS. Dice U. verdad, Elena. Han sido esas las frases mortales con que ha rechazado U. las protestas de mi pasion. Al oirlas he callado como un niño y me he hecho superior al do-

loroso sentimiento que me ha desgarrado. He sufrido mucho, pero jamás le he preguntado por qué me niega U. su cariño. Si es que no soy digno de él, me someto á mi desgracia, si es que U. ama á otro....no tengo derecho para impedírselo, ni soy tan pequeño que intente comprar girones de amor.

ELENA. (*con amabilidad*) Es inútil que se esplique U. de ese modo, cuando nunca he necesitado de tales palabras para haber formado un buen concepto de U.

CÁRLOS. Perdóneme U., Elena. Bien merece perdon esta ligereza....que será la última. No volveré á inquietarla más.

ELENA. Qué dice U.?

CARLOS. Todo está ya dispuesto y....me voy de esta ciudad.

ELENA. Se vá U.? Y á dónde?

CARLOS. A Cádiz.

ELENA. Cuándo?

CARLOS. Dentro de una hora.

ELENA. (*con naturalidad.*) No, no se vaya U., Cárlos.

CARLOS. Es forzoso.

ELENA. Y es posible que me prive U. de sus servicios, de sus consejos?

CARLOS. Viviendo en Madrid, estaré en libertad de ver á U. siempre que lo desée, y cada vez que la vea y que la oiga, más la amaré y mayor será mi locura. Elena, yo no tengo fuerzas para tanto, y por esto quiero interponer algunas leguas de tierra entre su poder irresistible y mi insensato amor. Partiré. Si en Cádiz no consigo mi objeto, seguiré á Francia; y si aún allí no logro olvidarla ó aturdirme, viviré de país en país, hasta que un pedazo de tierra sea más compasivo que el corazon humano!

ELENA. U. no sabe lo que va á hacer.

CARLOS. ¿Qué le importa al demente el suelo que le vió nacer? ¿Qué le importa á la hoja seca el árbol que la produjo?

ELENA. ¿De manera que no hay nada que le obligue á desistir de ese viaje?

CARLOS. Nada....ni áun sus súplicas.

ELENA. Y ha dicho U. que partirá....

CARLOS. Dentro de una hora.

ELENA. Espero, Cárlos, me honrará U. con su último adios.

CARLOS. Para qué?.... Pero no, volveré. Cuente U. con mi palabra, Elena. Volveré para estrechar su mano y decirla que la amaré miéntras viva! (*Váse*)

ESCENA V.

ELENA, *sola.*

ELENA. Pobre Cárlos! ¿Estará resueltamente dispuesto á partir? Si no abrigara tal intencion, se hubiera cuidado de comunicármela. Le conozco demasiado. Modelo de caballerosidad, educado léjos del bullicio social, donde todo es lisonja ó alevosía, sin haber oido otro lenguaje que el austero de la razon, es incapaz de manchar su lengua con una mentira. Cárlos partirá. Y por cierto que su viaje me causa profundo sentimiento. Acostumbrada por tantos años á verle con frecuencia y á consultarle casi todos mis pobres asuntos, no podré resignarme fácilmente á esta separacion que tan considerable vacío deja á mi lado. Oigo pasos....¿Será Ernesto? ¿A qué preguntarlo, si el corazon apasionado habla ántes que los labios?

ESCENA VI.

ELENA *y* ERNESTO.

ERNESTO. Elena!

ELENA. (*Corriendo hácia él.*) Ernesto mio!

ERNESTO. Sí, tuyo! Tuyo como son nuestras almas patrimonio de Dios.

ELENA. Y tu madre?

ERNESTO. Mi madre.....

ELENA. Por qué se enturbian tus ojos? Ha sucedido algo?

ERNESTO. No, pero sucederá. Cuando la visitaste esta mañana, una fiebre intensa la devoraba: esa fiebre ha continuado su obra de destruccion, y ya la pobre anciana apénas puede articular una palabra. Lloras ?

ELENA. Cómo no ? Tu madre ha cuidado de mis primeros años, veló interesadamente por mi educacion, me ha ayudado con sus sábios consejos.... Ernesto, si tu madre ha sido mi solo amparo en este mundo de escollos, ¿ cómo negarla el título de mi ángel tutelar y contener las lágrimas que me arranca su eterna partida ?

ERNESTO. Gracias, Elena: esas palabras de tu corazon agradecido, en obsequio de la mujer á quien debo vida y honra, me hacen admirarte más de lo que te admiro, me obligan á quererte más de lo que te quiero!

ELENA. Bien ! Ernesto. ¡Cuánto se eleva el hijo ensalzando las glorias de su madre !

ERNESTO. La posicion que ocupo, el porvenir á que aspiro, las creencias que me fortalecen, el amor que te profeso, todo es obra de ella, todo le pertenece. ¡ Qué pequeño soi yo para ensalzar sus glorias !

ELENA. ¿ Y no hay nadie que asegure su salvacion ? ¿ No hay esperanza alguna ?

ERNESTO. Ninguna. Los últimos facultativos que la han asistido declaran que su mal es incurable y que tal vez mañana ya no sea nuestra. Yo, que tengo mi existencia dividida entre ella y tú, me he separado por pocos minutos de su lecho de agonía, para venir á decirte: Elena, no obstante el inmenso dolor que me embarga, me siento con fuerzas para esperar el golpe que me amenaza, porque existes tú y me amas. Si esto no fuese así, te juro que mi alma volaría en pos de la de mi madre !

ELENA. Cálmate. ¿ A qué repetir lo que demasiado sabes ? Te quiero, porque me lo ordena la gratitud y porque el cielo ha dispuesto que sea tuyo

mi alvedrío. Sola y desvalida, abandonada quizás en el pórtico de una capilla ó á las puertas de una choza, ¿qué hubiera sido de mí sin la generosidad de tu madre? Ella me volvió á la vida, me hizo creer, me enseñó á amar. Ya ves que nadie puede culparme, por amarte como te amo.

ERNESTO. Cállate! Me harias olvidar hasta....

ELENA. Ernesto!

ERNESTO. Perdóname: séres como ella y como tú, merecen igual idolatría. ¿Con que me amas, Elena? Mucho? Tanto como yo?

ELENA. Que si te amo, dices? Pregúntalo á las flores que leen en mis ojos, á la brisa que recoge mis palabras, á la almohada que escucha mis suspiros! Ingrato, si dudas de mí.... Pregúntalo á Dios que lée en mi pensamiento!

ERNESTO. Si yo no dudo. Dudar de tí, sería negar la castidad de la vírgen, la pureza del ángel!

ELENA. Niño!....

ERNESTO. Es....que cuando me encuentro á tu lado, recogiendo tu aliento y oyéndote, no sé lo que pienso, ni lo que digo. Hay veces que arrastrado por esta pasion infinita, creo contemplarte reina de pueblos y vasallos, y hasta me parece ver que el más alto de los soberanos se postra ante tí, declarándose tu cautivo. Entónces....¿lo creerás tú? ódio mortalmente el sueño que me ha hecho verte adorada de otro hombre!

ELENA. Pobre loco mio!

ERNESTO. Otras veces me empeño en que tus promesas son quimeras, y creo oirte prodigando palabras cariñosas á otro mortal, que sentirá tanto como yo siento, pero que no podrá amarte más de lo que yo te amo. Entónces, sin sol que me ilumine, sin oscuridad que me aconseje, corro á buscar la muerte....

ELENA. Y no puedes encontrarla, porque entre ella y tú, se interponen como providencia divina, los brazos de tu Elena enamorada!

ERNESTO. Vida mia!

ELENA. Vamos, basta ya de locura y seamos juiciosos.

ERNESTO. Tienes razon, me olvidaba....Como ántes dije, he venido precipitadamente por verte y tambien para comunicarte una nueva feliz.

ELENA. Una nueva?

ERNESTO. Sí; escúchame. Esta tarde, oida la opinion desconsoladora de los médicos y perdida ya toda esperanza, comuniqué á mi padre, buscando consuelo, el amor que nos profesamos.

ELENA. Y él?....

ERNESTO. Me oyó benigno, y con afectuosa sonrisa me dijo: no ignoro, hijo mio, la existencia de ese amor inocente de que me hablas: lo apruebo con orgullo y desde ahora lo vendigo. Mi esposa va á morir, y el lugar que ella deja en esta casa, será ocupado por esa pura y virtuosa jóven, que es la mitad de tu sér y que me servirá de apoyo en la ancianidad.

ELENA. (*Sin poder dominar su regocijo.*) Dios mio!

ERNESTO. Continúa oyendo. Vé, me dijo, y díla en mi nombre, que el cariño y la proteccion que mi esposa le ha dispensado, existirán en mí para ella miéntras yo aliente, y que tendré placer muy grande en visitarla esta noche, robándole algunos momentos á la moribunda, con el fin de pedirla su mano para mi hijo Ernesto Santacruz.

ELENA. Esta dicha es inmensa!

ERNESTO. Tú la mereces: ojalá pudiera hacerla más santa cuando no más grande. Ya lo sabes, pues. Mi padre no se hará esperar. Yo me anticiparé á su llegada, y juntos nos iremos despues á velar los últimos instantes de la mujer bondadosa á quien todo lo debemos.

ELENA. (*Muy marcado.*) Sí, yo la sostendré en mis brazos, yo recogeré su postrer suspiro.... La que tanto le merece, disputará á su esposo y á su hijo el derecho de cerrarle los párpados!

ERNESTO. (*Tomándole la mano y besándosela.*) Bendita seas!

ELENA. Qué haces?

ERNESTO. Tocar tu mano con mis lábios. Eterno seas, primer beso de mi cariño! ni aún amengua tu calor la amargura que tengo en el alma! (*Váse.*)

ESCENA VII.

ELENA, *sola. Despues un* CRIADO.

ELENA. ¡Nunca soñé tanta ventura! Contemplo la realidad, me acerco á ella, la toco, y sin embargo, dudo: creo hallarme bajo el influjo poderoso de un sueño hermosísimo! (*Viendo al criado que entra.*) ¿Qué quieres?

CRIADO. Acaban de darme esta carta para U., con encargo especial de ponerla en sus propias manos.

ELENA. Quién te la entregó?

CRIADO. El portero de la casa del señorito Ernesto.

ELENA. ¿De la casa de Ernesto? Dámela y vete.

ESCENA VIII.

ELENA, *sola.*

ELENA. ¿Qué novedad habrá ocurrido? (*Viendo el sobre de la carta.*) Pero esta letra no me es desconocida!.... Es de ella! No puedo engañarme.... Esta letra es de la madre de Ernesto! Qué contendrá?.... Veamos. (*Abre la carta y lée.*) "Mi adorada Elena." (*Sigue leyendo en voz baja. Interrumpiéndose de pronto y con un grito ahogado.*) Dios poderoso! No, no he leido mal....Lo dice! Lo dice! (*Leyendo*) "La tranquilidad de un anciano que es mi esposo, la dignidad de un jóven que es mi hijo." (*Continúa leyendo para sí. Interrumpiéndose.*) Oh! que cosa tan horrible!....¡Un presidiario! (*leyendo.*) "Fijos los ojos en la inmensidad y sonriendo á tu imágen"....(*Vacilante.*) Apénas puedo leer....no veo....(*Concluyendo la lectura.*) "Y hasta que nos veamos en el más allá—Henriqueta de Santa-Cruz".... No tengo fuer-

zas para sostenerme.... Me ahogo!.... aire! aire! (*Cae desfallecida en una silla. Reponiéndose.*) Estoy sola....respiro. Nadie me ha visto leyendo, nadie me ha oido. Y es necesario que esto se cumpla! Ella me lo exige, me lo suplica agonizante....(*dé rodillas.*) Sí, pobre mártir, juro ante Dios que me escucha, aceptar la deshonra y la muerte, antes que revelar una palabra! (*Levantándose y guardando la carta con precipitacion.*) Quién?....Nada....Creí haber oido....Es forzoso tomar una resolucion heróica, interponer un abismo entre....Sí: lo he jurado! Oh! ¿quién me dará valor para tanto? ¿A quién debo volver mis ojos?

ESCENA IX.

ELENA *y* CARLOS

CARLOS. Adios, Elena.

ELENA. Ah! Es U.?

CARLOS. He querido cumplir lo prometido. El coche me espera y vengo á despedirme.

ELENA. Cárlos, no partirá U.

CARLOS. Quién puede detenerme?

ELENA. Quién?.... Mi amor!

CARLOS. (*Estupefacto.*) Cómo? Ha dicho U. que....

ELENA. Es inútil finjir más. ¿A qué ocultarle lo que U. habrá adivinado en mis ojos, lo que me es imposible silenciar por más tiempo? Yo le amo, Cárlos.

CARLOS. Que U. me ama? Pero es verdad que U. dice que me ama?

ELENA. No lo ha oido U. de mis labios?

CARLOS. Repítalo U. Elena, repítalo una vez más, ó creeré que sueño!

ELENA. Dudando siempre de sus protestas de amor, estaba resuelta á no dejarle leer en mi alma; y hubiera persistido en callar, si no agotara todas mis fuerzas, la dolorosa idea de verle léjos de mi lado.

CARLOS. Todo ha cambiado, Elena. Ya no me moveré de Madrid. Las palabras de U. me han hecho el más feliz de los hombres, y para probarle la sinceridad de mi cariño, ofrezco á U. ser su esposo en el término de ocho dias.

ELENA. Acepto, mas impongo una condicion.

CARLOS. Dígala U.

ELENA. Que no ha de sufrir ni un minuto de retraso su viaje á Cádiz.

CARLOS. De modo que debo partir ?

ELENA. Partirá U.. pero.... yo le acompañaré.

CARLOS. U. ! ¡ Cuánta felicidad !

ELENA. Creo ciegamente en todo lo que U. me ha dicho, y abrigo la seguridad de que al llegar á Cádiz, me llevará U. al altar

CARLOS. Se lo juro !

ELENA. Este proceder mio, amerita una esplicacion.

CARLOS. Yo no la exijo.

ELENA. Oigame U.—Ernesto Santa-Cruz me profesa desde ha muchos años un amor entrañable. Yo no he podido corresponderle con igual afecto, pero he tenido que oirle con benevolencia y recibirle cariñosa, en atencion á los multiplicados beneficios que su digna madre me ha dispensado. (*Muy conmovida.*) Si nuestro enlace se efectúa en esta ciudad, el dolor de ese jóven será inmenso, en tanto que verificado en Cádiz, él llegará á saberlo cuando ya no tenga remedio, y la distancia y la ausencia harán ménos cruel su sufrimiento.

CARLOS. Elena, es U. un ángel !

ELENA. Puesto que todo está convenido, sírvase U. esperarme en este sitio por breves instantes. (*Entra rápidamente á su habitacion.*)

CARLOS. (*Solo.*) Cuánta mudanza en tan corto tiempo ! Quién me dijera al pisar esos umbrales, que me aguardaba aquí la dicha para sonreirme eternamente ! Elena me amaba, y sin embargo, escondia sus secretos dudando de la sinceridad de mi afecto. Cuánta sencillez en la confesion de su amor ! ¿ Podré juzgarme ahora desgraciado ?

2

ELENA. (*Saliendo con un cofrecito.*) Este pequeño cofre, contiene las joyas de más valor que me pertenecen. Llévelo U. al coche y espéreme. No tardaré.

CARLOS. Hasta dentro de un momento, Elena.

ELENA. Y para no separarnos jamás ! (*Váse Cárlos.*)

ESCENA X.

ELENA, *sola.*

ELENA. Es preciso aprovechar el torbellino que me arrastra ! Una hora más.... y tal vez me faltaria valor para llevar á cabo mi sacrificio ! (*A la puerta de su habitacion.*) Gertrúdis ! Gertrúdis ! Inmediatamente cúbrase U. con el manton, y sin demora vaya á esperarme á la puerta del jardin. (*Volviendo.*) Ahora, cuatro letras para él. No puedo resignarme á abandonarle para siempre sin darle el último adios! (*Se sienta á la mesa y escribe. Levantándose y cerrando la carta.*) Ay ! Causarle esta herida mortal, cuando diera mi vida por evitarle un dolor ! Pero Dios así lo dispone.... y así debe ser ! (*Llamando.*) Bruno ! Bruno !

ESCENA XI.

ELENA *y el* CRIADO.

CRIADO. Qué manda U. ?

ELENA. Ernesto Santa-Cruz no tardará en venir. Déle U. esta carta. (*Entregándole la que acaba de escribir.*) Yo me hallo en la imperiosa necesidad de ausentarme con Gertrúdis por algunos dias. De consiguiente, queda U. encargado de cuidar de esta casa, hasta que reciba nuevas órdenes.

CRIADO. Muy bien.

ELENA. (*Conteniendo apénas el llanto, y aparte.*) ¡ Morada donde tan dichosa he sido, tú que guardas sus esperanzas y que eres testigo de mis lágrimas, tén piedad de su desesperacion !

CRIADO. Llora U., señori a ?

ELENA. (*Dominándose.*) Qué dices? Llorar?.... No, al contrario.... No ves como rio? ¡Soy tan feliz en este momento! (*Aparte y yéndose.*) Vamos.... no perdamos tiempo. Gertrúdis debe estar ya en la puerta secreta del jardin. (*Váse precipitadamente por la puerta de su habitacion.*)

ESCENA XII.

CRIADO. *Luego* ERNESTO.

CRIADO. Señor, qué confusion es esta? En qué laberinto estoy metido? Una carta para el señorito Ernesto.... la señorita que tiembla, y que se va llorando!.... ¿Qué espíritu malo se ha introducido esta noche aquí para turbar la paz de la casa? (*Reparando en Ernesto que entra.*) Hola! Ya llegó.

ERNESTO. Y Elena?

CRIADO. Me ha dado esta carta para U.

ERNESTO. (*Tomándola*). Bien. Déjame.

CRIADO. (*Yéndose*) No comprendo nada, pero lo que sí aseguro....

ERNESTO. Bruno.... óyeme.

CRIADO. Hable U., señorito.

ERNESTO. Al presentarse mi padre solicitándome, díle que estoy en esta sala y que lo espero. Véte. (*Váse el criado.*)

ESCENA XIII.

ERNESTO, *solo.*

ERNESTO. Vaya! Tomarse el trabajo de escribirme, para disculpar alguna corta ausencia.—Sin duda querrá obsequiar á mi padre con algun presente, y previendo que yo llegaria ántes de su regreso, me ha dejádo este papel para tranquilizarme. ¡Qué buena es! No en vano la adoro tanto.—Leamos la carta de Elena. (*Lee.*) "Mi querido Ernesto:—Cuánto siento proporcionarte una pena, pero Dios te dará fuerzas y consuelos." ¿Qué es esto? (*Leyendo.*) "No puedo

amarte ya como te amaba, porque un secreto terrible no sólo me lo prohibe, sino que me obliga á marcharme á otro país, con un hombre que va á ser mi esposo."—¡ Gran Dios ! (*Leyendo.*) "A las nueve, que no tardarán en sonar, abandonaré para siempre esta ciudad. Adios, Ernesto, te suplico que me perdones.... y que me olvides.—Elena." Se vá ! Por qué ? Qué le he hecho yo ?.... Esto es imposible. Dudo.... ¿ Y por qué dudo si lo dice este papel, y este papel ha sido escrito por ella ? (*Pausa.*) No convengo en tanta infamia ! (*A la puerta del aposento de Elena y gritando.*) Elena ! Elena ! Nada ! En esas habitaciones reina la oscuridad.... (*Con desaliento.*) ¿ Por qué me afano, por qué llamo, si nadie ha de responder al grito de mi alma ? ¡ Conque mi desventura es una verdad ! ¡ Conque esa mujer me ha vendido ! Ay ! Y yo que le dí todas mis ilusiones con la fe del creyente, con la inocencia del niño ! ¿ En quién confiar y esperar, si hasta los ángeles engañan ? (*Haciéndose superior á su emocion.*) ¡ Pérfida, has hecho trizas mi corazon; pero yo sabré alcanzarte.... y te ahogaré entre mis brazos !

ESCENA XIV.

ERNESTO *y* DON PEDRO.

D. PEDRO. (*Deteniéndolo.*) Qué tienes ? Estás lívido.

ERNESTO. Padre, si supiera U. lo que me pasa ! Elena....

D. PEDRO. Acaba.

ERNESTO. Elena es una infame. Me ha engañado y en este momento huye con un hombre !

D. PEDRO. Imposible !

ERNESTO. Lea U., padre, lea U. este papel y verá que no miento.

D. PEDRO. (*Despues de haber leido.*) Cuánta falsedad !

ERNESTO. ¿ No conviene U. en que debo sobreponerme á mi dolor y seguirla hasta el confin del mundo por saciar mi venganza ?

D. PEDRO. Cálmate, Ernesto.

ERNESTO. No puedo. Si esa mujer es mi vida !

ESCENA XV.

ERNESTO, DON PEDRO *y* REMIGIO.

REMIGIO. Señor Santa-Cruz, vuele U. á su casa: su esposa está espirando!

D. PEDRO. Dios mio! (*Suenan las nueve.*)

ERNESTO. (*Estremeciéndose y como dominado por una idea fija.*) Una, dos, tres....

D. PEDRO. Ven, hijo de mi alma! Corramos!

ERNESTO. (*Con rapidez.*) Silencio, padre, silencio!.... Siete, ocho, nueve....

D. PEDRO. Ernesto, ¿ no me has oido ? Sígueme!

ERNESTO. (*Inmóvil.*) Nueve! La hora maldita!

D. PEDRO. Me seguirás. Es que tu madre te espera!.... que se muere! (*Ruido de un coche.*)

ERNESTO. (*Fuera de sí.*) Padre, es que Elena me olvida y.... que se vá! (*Se lanza desesperado al fondo, pero vacila y cae sin sentido.*)

REMIGIO. (*Sin darse cuenta de lo que pasa.*) Qué misterio será este ?

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

—

CELOS Y SOMBRAS.

—

Sala en la casa de Cárlos.—Puerta al fondo y laterales.—Una ventana.—Es de tarde.

—

ESCENA I.

CARLOS *y* ELENA.

CARLOS. Siempre la misma tristeza!

ELENA. Te has empeñado en verme triste.

CARLOS. Y miento acaso? Solo deploro no saber su orígen, para procurar el remedio. ¿Por qué no me hablas con franqueza, Elena mia?

ELENA. Pero qué quieres que te diga?

CARLOS. Como hombre de recursos, me he desvelado por rodearte de cuantas comodidades has apetecido; como esposo he sido esclavo de tus gustos; como enamorado te dedico todos mis ratos de descanso, todos mis pensamientos. ¿Qué más te falta, qué más quieres?

ELENA. Se conoce que no has acabado de compredernme, cuando resentido tal vez, me lanzas frases tan mortificantes. Amada de tí, respetada por todos y rodeada de cuantos placeres he ambicionado, ¿qué más puede faltarme, qué más puedo querer?

CARLOS. ¿Será que te pesa haberte casado conmigo, ó será que ames á....Ernesto Santa-Cruz?

ELENA. Me uní á tí sin ser obligada á ello, y yo no acostumbro rechazar hoy, lo que ayer voluntariamente acogí. Respecto á Ernesto, no

tengo que decirte más. Yo misma te manifesté que él me amaba sin que fuese correspondido por mí; y fuí yo tambien la que te exigí, por evitarle un pesar, la celebracion de nuestro matrimonio en esta ciudad.

CARLOS. (*aparte.*) Siempre que pronuncia ese nombre, una palidez mortal cubre su rostro. ¿Qué habrá en esto? (*Pausa.*)

ELENA. Qué silencioso has quedado. En qué piensas?

CARLOS. En mis negocios.

ELENA. En tus negocios? ¿Pues tú mismo no me aseguraste ayer, que habias renunciado á todos ellos, apeteciendo una vida tranquila?

CARLOS. Es verdad; pero anoche me propuso Remigio otros nuevos, y no he podido desecharlos en fuerza del buen resultado que prometen. Y á propósito de Remigio....Me ofreció volver esta tarde: te suplico que le recibas y le entretengas, en tanto que doy por el jardin mi paseo de costumbre.

ELENA. Así lo haré.

CARLOS. (*Devolviéndose de la puerta que conduce al jardin.*) Elena, ¿conque puedo estar seguro de que no te agovia la cruz de nuestro matrimonio?

ELENA. Vive tranquilo.

CARLOS. Me amas?

ELENA. Como siempre, Cárlos.

CARLOS. Es que no podré resignarme nunca á la idea de serte indiferente.

ELENA. Calla, tonto: el tiempo se encargará de justificarme y de desvanecer tus dudas.

CARLOS. Ojalá! (*Váse.*)

ESCENA II.

ELENA *sola.*

ELENA. En obsequio de su afecto y de las consideraciones que me dispensa, muchos esfuerzos hago por aparecer contenta; pero tantos y tan tristes son los recuerdos que me persiguen, que todos mis propósitos son inútiles.

Bien merece ser amado mi buen Cárlos, y corriendo los años, Dios ha de permitir que le pague sus desvelos con un cariño igual al suyo.

ESCENA III.

ELENA *y* REMIGIO.

REMIGIO. Se puede entrar?

ELENA. Adelante, caballero.

REMIGIO. Está Cárlos en casa?

ELENA. Ha poco dejó esta sala, para ir á dar su vuelta por el jardin. No tardará. Tome U. asiento y sírvase esperarle.

REMIGIO. (*Sentándose.*) Gracias, señora. No contaba ser tan feliz esta tarde.

ELENA. Lo dice U. por....

REMIGIO. Por el placer que me embarga cuando me encuentro á su lado.

ELENA. ¿Piensa U. volver á lo de siempre? Es mucha tenacidad

REMIGIO. Bien quisiera dominarme y guardar silencio, pero hay sentimientos que se hacen superiores á nuestra voluntad. Ha muchos años que esta pasion me subyuga; y á pesar de sus desdenes y de la frialdad con que rechaza U. mis palabras, su cariño ha sido la única aspiracion de mi vida. Elena, ¿por qué no se compadece U. de mí?

ELENA. Señor Vermont, mas de una vez he dicho á U. que su temeridad raya en locura.

REMIGIO. ¿Acaso sé yo lo que hago? ¡Es tanto lo que la idolatro!

ELENA. En mi vida de soltera, aunque huérfana y sola, como despues de casada, mi conducta ha sido intachable; y creo que la menor ligereza, ni aún la más insignificante palabra, le hayan autorizado á usar conmigo de un lenguaje que me insulta.

REMIGIO. Bien revela U., Elena, que su corazon ha vivido exento de pasiones, cuando tan duramente trata á un hombre por el único delito de amarla con vehemencia.

ELENA. Ya que no mi dignidad ó mi título de esposa, por lo ménos debiera contenerle la amistad que le dispensa Cárlos y la que U. dice que á él profesa.

REMIGIO. Esas consideraciones se prodigan á un amigo, si tenemos la íntima conviccion de que ese amigo es un buen esposo que adora locamente á su mujer; más cuando por fortuna ó desdicha nuestra, estamos plenamente convencidos de lo contrario....

ELENA. (*Interrumpiéndole.*) Basta, señor. Al dudar de la fidelidad de Cárlos, por mí misma, sin preguntarlo á nadie, trataré de inquirir la verdad. Las buenas casadas no arrojan á la calle las faltas de sus maridos, sino que consideran como un deber el encubrirlas y perdonarlas. Con esto se consigue muchas veces, la conversion de un Satanás en ángel!

REMIGIO. ¿Quién, conociendo ese modo de sentir, podrá olvidarla, señora?

ELENA. Además de lo espuesto, señor Vermont, debiera ser U. más comedido, en atencion siquiera á su edad. Si fuese U. un jóven, podríasele disculpar un tanto, pero le aseguro que es hasta bochornoso, el hacer reprensiones á quien mas bien está en el deber de darnos consejos.

REMIGIO. (*Aparte.*) Se burla de mí!

ELENA. Espero no vuelva U. á ofenderme.... ni con el pensamiento, pues de lo contrario, me veré en el caso de decirlo todo á Cárlos.

REMIGIO. Será U. capaz?

ELENA. Si hasta ahora he guardado silencio, ha sido por no causarle un pesar y esponerle á un lance desagradable con U. Quede U. con Dios.

REMIGIO. El la proteja, señora. (*Vase Elena.*)

ESCENA IV.

REMIGIO, *solo.*

REMIGIO. Oh! No satisfecha con el desprecio, aumenta mi tormento con la burla. Harto he sufrido, y confieso que no tengo valor ni paciencia para

sufrir más. Muchos han sido mis esfuerzos por sobreponerme á esta pasion; y anhelando olvidar, he viajado, me he lanzado al torbellino de los saraos, he jugado.... Sin embargo, miéntras mas léjos he creido estar de Elena, mas cerca de ella ha estado mi pensamiento! (*Preocupado.*) Se parece tanto esta mujer á aquella infeliz que en otro tiempo me entregó su corazon!... ¿Será este amor el castigo de mi infamia? (*Pausa.*) Sea lo que fuere, he de vengarme. Yo lograré con la astucia ó con la fuerza, lo que no he podido conseguir ni con la súplica! Cárlos se acerca.... Sepamos dominarnos y finjir.

ESCENA V.

REMIGIO *y* CARLOS.

CARLOS. Ya estás aquí?

REMIGIO. Te esperaba en esta sala agradablemente entretenido con tu esposa.

CARLOS. Con Elena?

REMIGIO. Sí. ¿Te disgusta acaso que á falta tuya hable con ella?

CARLOS. Al contrario: le he suplicado que durante mi corta ausencia, te hiciese compañía.

REMIGIO. Es que has pronunciado su nombre de un modo tan extraño....

CARLOS. Qué quieres? Desde ha mes y medio que nos casamos, observo en ella una tristeza que al principio me inspiró cuidados.

REMIGIO. (*Con interés.*) Y ahora?

CARLOS. Ahora.... á qué negárte? Me inspira sospechas.

REMIGIO. (*Con hipocresía.*) Qué dices, hombre? Has perdido el juicio? El cariño que le profesas, te impulsa á ver visiones.

CARLOS. ¿De manera que tú como ella, te empeñas en que estoy ciego ó tonto?

REMIGIO. Yo no he querido decirte....

CARLOS. Oyeme. Tengo la certeza de que Elena no es feliz. Muchas veces la he sorprendido sollozando, y al preguntarle la causa de su pena, me ha abrazado temblorosa y me ha sonreido; pero con una sonrisa tan triste, que las lágrimas han empañado mis pupilas. Sin duda ignorabas hasta ahora, que una sonrisa pudiera hacernos llorar!

REMIGIO. Lo que pienso es que hay hombres, que sin datos positivos, quieren hallar faltas donde estas no existen.

CARLOS. Imagino....no, creo....Sábelo de una vez: creo que Elena ha amado á Ernesto Santa-Cruz....y que le ama todavia! (*pausa.*) Nada dices? Por qué callas?

REMIGIO. Cárlos....francamente.... no quisiera....

CARLOS. Tartamudeas?....Tú sabes algo!

REMIGIO. Soy tu amigo y debo hacerlo. Pero no te inmutes, que nada tiene de terrible mi noticia. Has nombrado á Ernesto Santa-Cruz y....

CARLOS. Y qué?....

REMIGIO. (*distraidamente.*) Que al pasar esta mañana por la iglesia inmediata, le he visto salir de ella de brazo con su padre.

CARLOS. Con que está en Cádiz!

REMIGIO. Luego ...á la una del dia, he vuelto á encontrarlos atravesando la plaza. No parece sino que el padre, temiendo algo por el hijo, se empeña en acompañarle á todas partes.

CARLOS. Dos veces....

REMIGIO. Y otra más.

CARLOS. Tres?

REMIGIO. Sí; pero esta vez, el mozo estaba solo.

CARLOS. Y le has visto....

REMIGIO. Ahora poco....cuando venia para acá.

CARLOS. (*con afan.*) ¿Dónde?

REMIGIO. (*con la mayor indiferencia.*) Muy cerca.... en la esquina.

CARLOS. (*lanzándose á la ventana y viendo á la calle.*) Sí....á pesar de la proximidad de la noche, distingo en la esquina un bulto inmóvil.

REMIGIO. Pues es él.

CARLOS. (*con amargura.*) ¿Ves, Remigio, como mis dudas se convierten en realidad?

REMIGIO. Te desconsuelas sin motivo, amigo mio. En esto no encuentro nada de particular.

CARLOS. (*despues de un rato de cavilacion.*) En fin, debo tomar algunas medidas que me lleven á la verdad, por más horrible que esta sea. Tú eres mi amigo, y estás en la obligacion de aconsejarme, de indicarme algo.

REMIGIO. Yo?

CARLOS. Díme siquiera lo que tú harias en mi lugar.

REMIGIO. En grave conflicto me pones.

CARLOS. Vamos. Habla. Te lo suplico.

REMIGIO. Ya que te interesas tanto....El caso es que.... (*como resolviéndose*) Escucha. Pero entiende, que esto no es más que una indicacion, una ligera indicacion.

CARLOS. (*Exasperado.*) No más rodeos. Te escucho.

REMIGIO. Yo, en tu lugar, como es casi de noche, saldria inmediatamente de aquí, pasaria cerca, muy cerca de Ernesto, á fin de que me conociese y comprendiera que la casa quedaba sin mi persona. Al mismo tiempo encargaria á un amigo que vigilase á mi hombre, para que llegado el caso de que penetrase á mi morada, me diese aviso sin demora.

CARLOS. Y qué mas?

REMIGIO. Lo demas es mui sencillo. Volveria corriendo á mi casa, entraria sin hacer ruido y.... quedaria convencido de si era amado ó vendido.

CARLOS. Gracias, Remigio; acepto tu plan y procederé al instante. Saldré dentro de diez minutos. Tú, desde ahora te instalarás en la esquina opuesta, observarás todos los movimientos de mi rival, y si se introduce á esta casa, vuela á avisarme. Te aguardaré junto al primer árbol de la alameda. ¡Ay de ellos si los encuentro solos!

REMIGIO. Repito que esto ha sido una ligera indicacion, que juzgo hasta inoficiosa.

CARLOS. Quiero averiguar la verdad, aunque me cueste la vida! Vete.

REMIGIO. Estás resuelto!
CARLOS. A todo. Vigila y avísame!
REMIGIO. Te aseguro que si no mediaras tú....
CARLOS. No mas palabras, Remigio. Vé á ocupar tu puesto.
REMIGIO. (*Aparte y yéndose.*) El lazo está preparado y la paloma será mia!

ESCENA VI.

CARLOS *solo. Luego un* CRIADO.

CARLOS. Lo sabré todo por mucho que haya de padecer! Esta incertidumbre es insufrible. Pero debo proceder con la mayor cautela.... la mas insignificante indiscresion echaria por tierra todo mi proyecto. Esto por una parte, por otra, ¿cómo me presentaria á los ojos de Elena, despues que ella supiese que yo habia dudado de su fidelidad? (*Paseándose.*) ¿Su tristeza no tendrá otros motivos que los que yo le atribuyo? ¿Por ventura puede olvidarse tan pronto el lugar en que nacimos y donde hemos crecido? Quizás tenga razon Remigio, y que no haya nada de particular. (*Interrumpiendo su paseo.*) ¿Todo esto no será una alucinacion mia, un fantasma que yo mismo me he forjado?.... (*Viendo por la ventana.*) Nó!....No es una quimera, no es una sombra de mi pensamiento! Allí está....sin cambiar de sitio....inmóvil, impasible! Aquel bulto es un hombre, y ese hombre....es mi fatalidad! (*Entra el criado con un candelabro encendido, lo coloca en la mesa y se marcha.*) La calle está completamente oscura. Es tiempo de partir. ¿Estará por aquí mi sombrero? Allí le veo....¿Qué otra cosa me falta?....Ah! Necesito proveerme de un arma...(*Abre una gaveta y se provee de una pistola.*) No es inútil esta precaucion: ignoro si tendré que valerme de ella para atacar ó defenderme. Estoy listo, y ahora....valor y que Dios haga lo demás! (*Se dirije al fondo.*)

ESCENA VII.

CARLOS *y* ELENA.

ELENA. Cómo ! Vas á salir ?
CARLOS. Y eso te extraña ?
ELENA. (*Con naturalidad.*) No me sorprende que salgas, sino que lo hagas sin despedirte de mí.
CARLOS. Es verdad.
ELENA. Qué tienes ? Estás excitado!....
CARLOS. No.... preocupado un poco. Remigio ha venido á recordarme los negocios que me propuso y....
ELENA. Y es eso lo que motiva tu salida ?
CARLOS. Has adivinado.... eso únicamente.
ELENA. Tardarás mucho ?
CARLOS. (*Aparte.*) Esa pregunta.... Será por él ó por mí ? (*Alto.*) Decias que....
ELENA. Que si vuelves pronto.
CARLOS. Probablemente nó. La casa á donde nos dirijimos está situada al otro extremo de la ciudad. Además, habrá que redactar algunos documentos, que discutirlos en fin.... Ya ves que la distancia y lo que vamos á hacer, no me permitirán regresar hasta dentro de dos ó tres horas.
ELENA. Procura arreglarlo todo lo mas pronto posible.
CARLOS. No quieres que salga ?
ELENA. (*Sencillamente.*) Cómo voy á prohibírtelo ?
CARLOS. (*Aparte.*) No me lo prohibe !
ELENA. Estas horas de soledad van á ser muy largas para mí. Pero Cárlos.... que aturdido estás hoy.... Acércate.... déjame arreglarte la corbata.
CARLOS. (*Aparte.*) Cómo me engaña !
ELENA. Repito que estás completamente distraido, ni siquiera has reparado en el relicario con que me obsequiaste ayer.
CARLOS. Cuánto luce en tu cuello !
ELENA. Pues míralo esta noche todas las veces que quieras, porque mañana, luego que coloque en el medallon tu retrato, voy á guardarlo cuidadosa-

mente para conservarlo como uno de los más preciados recuerdos de tu cariño.

CARLOS. Gracias. No puedo detenerme más. (*Tendiéndole la mano.*) Adios.

ELENA. (*Resentida.*) Me tiendes la mano? No es así como has acostumbrado despedirte de mí.

CARLOS. Ah! Perdóname.... ven á mis brazos!

ELENA. Si te mortifica mi tristeza, desde ahora puedes darte albrícias. Estoy resuelta á fastidiarte contínuamente con mis sonrisas.

CARLOS. Dios lo quiera. (*Con intencion.*) No te inquiete mi tardanza. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

ELENA *sola.*

ELENA. Qué bueno es! Cuánto me ama! Conozco que es mi tristeza la que lo preocupa. Yo bien quisiera sonreirle siempre; pero ¿cómo hacerlo, si no puedo prescindir del recuerdo de aquella santa mujer y olvidar los lúgubres pensamientos que antes de morir me dirijió? Desde el instante en que Cárlos me regaló este relicario, (*por el que lleva al cuello,*) concebí la idea de que él fuese el depositario de mi secreto é inmediatamente coloqué en el medallon la carta de mi protectora. Mañana lo esconderé escrupulosamente, y ese papel únicamente existirá para mí: lo leeré cada vez que me encuentre sola para mojarlo con mis lágrimas y jurar de nuevo no revelar una palabra de lo escrito! Siento pasos.... tiemblo apesar mio!.... ¿Quién se atreve á penetrar hasta aquí?

ESCENA IX.

ELENA *y* ERNESTO.

ERNESTO. Un antiguo conocido, Elena.

ELENA. (*Retrocediendo.*) Es él! Qué buscas aquí?

ERNESTO. (*Avanzando lentamente hácia ella.*) Así se estremecen los criminales bajo el influjo de la conciencia!

ELENA. Te oigo y....

ERNESTO. No dudes. Soy yo. Yo, que no pudiendo vivir sin la luz de tus ojos, vengo á mendigar una mirada tuya, para no morir tan pronto. Soy tan jóven que me espanta la muerte!

ELENA. Pero es posible que....

ERNESTO. No parece sino que te empeñas en desconocerme.

ELENA. Qué quieres? Para mí solo existe el presente con los deberes que tengo contraidos: el pasado es un sueño perdido que se va hundiendo poco á poco en el olvido.

ERNESTO. (*con dolor.*) ¿De manera que ya para tí no existen aquellas apasibles tardes, en que excusaba darte un lirio de mis jardines, temeroso de que no fuese tan blanco como tu inocencia?

ELENA. Qué dices?

ERNESTO. ¿Ni existen tampoco aquellas melancólicas noches de luna, en que la fuente murmuraba, en que los sauces se inclinaban? Aquellas noches, Elena, en que yo envidiaba á la fuente, porque susurrando retrataba tu rostro, y á los sauces porque inclinados sorprendian tus suspiros?

ELENA. Por Dios!

ERNESTO. No lo invocas en vano. El juzgaba nuestras almas, él nos veia, él nos escuchaba....y cuidado si tus promesas y tus ojos engañaban á Dios, como á mí me engañaban!

ELENA. (*muy conmovida.*) Ernesto mio!

ERNESTO. Así me decias en otros mejores aunque malogrados tiempos. ¿Tu Ernesto? (*animándose gradualmente.*) Sí, soy tuyo como es el rocío de la flor que lo acaricia, como es la corriente del cauce que la dirige, como es la exhalacion del éter que la produce! Tu Ernesto? Sí, tuyo, Elena, como es el sentimiento atributo del alma, como es el alma patrimonio de Dios, como es Dios eternidad de lo inmortal!

ELENA. Cállate! Te lo ruego!

ERNESTO. No, es preciso que te diga, todo lo que he dejado de decirte en mes y medio que estás léjos de mí. Te amo, Elena, te amo tanto como el primer dia en que te ví, y más, mucho más desde la última noche en que dejé de verte. Nadie puede medir su felicidad, sino cuando se le escapa de las manos!

ELENA. A qué decirlo?

ERNESTO. Lo digo....porque no convengo en que pertenezcas á otro, ni permito que sobre esos labios ardientes se posen otros labios que no sean los mios!

ELENA. Apártate!

ERNESTO. Me rechazas?....Pues bien, sábelo todo. He venido á buscarte y con la invariable resolucion de que me sigas.

ELENA. Cómo?

ERNESTO. Me seguirás (*con pasion.*) Si en medio de los placeres me sonries, por cada una de tus sonrisas te daré un latido de mi corazon. Si huyes de mi lado, por cada uno de tus recuerdos te daré mil lágrimas. Si, convertido en tu verdugo, me rechazas y me maldices, yo te daré un suspiro de amor, por tus maldiciones y tus desprecios! Me sigues?

ELENA. Te digo que calles! ¿No sabes que soy esposa de Cárlos Lafuente?

ERNESTO. Y qué me importa eso? Cuando tú decias que me amabas, no existia para tí Cárlos Lafuente; cuando le entregaste tu mano, ya tus juramentos eran mios! Dí, pues, ¿quién roba á quién?....¿Soy yo quien robo á tu esposo, ó es tu esposo quién me ha robado á mí?

ELENA. Tenme piedad!

ERNESTO. Si me arrebataran lo que poseo, enhorabuena que con indiferencia viera la pérdida de todo; pero con tu amor me arrebatan la vida, y sabes que me asiste un derecho divino para conservarla y defenderla. ¿Tengo ó no razon?

ELENA. No puedo responderte. Solo sé que soy la esposa de un hombre, y que este título sagrado me obliga á respetarle y á no escucharte.

ERNESTO. Cómo te gozas en matarme! Qué insensato fuí yo al entregarte toda mi alma, creyendo en la pureza de la tuya! Elena, eres una infame!

ELENA. Ernesto!

ERNESTO. (*Animándose por grados.*) Sí, mil veces infame! ¿ Recuerdas la noche que hablamos por última vez?....Al tratarse de mi madre, pérfida decias: yo la sostendré en mis brazos, yo recogeré su postrer suspiro....yo disputaré al esposo y al hijo el derecho de cerrar sus ojos!—Y al espresarte así, ya tenias aceptada la vergonzosa fuga....y un hombre te esperaba....y era yo tu juguete! Mujer.... eres una miserable! (*Movimiento de Elena.*) Dime, dime si no merece ese calificativo el alma villana que miente en presencia de la muerte, como mintió la tuya ante la agonía de mi madre!

ELENA. (*Aparte.*) Protégeme, Dios justo!

ERNESTO. No tiembles....no tienes que temer nada de mí. Si aquella noche fatal no cayera sin sentido á la puerta de tu casa, te juro que no hubieras tenido el sangriento placer de reirte de mi desgracia!

ELENA. Qué?....Perdiste el conocimiento?

ERNESTO. Apenas volví á la vida, corrí al aposento de mi madre, para imponerla de tu ruin conducta; pero ¡ay! por más que la besaba y la llamaba, sus ojos permanecian cerrados, sus labios frios! (*Con exaltacion creciente.*) Sin embargo, arrastrado por mi desesperacion, acerqué mi boca al oido de la muerta, y con voz ronca le grité: ¡ Madre, has sembrado tus beneficios en un campo de cieno! La mujer que tanto amaste y á quien tanto protegiste, en vez de estar aquí llorando y rezando por tí, en este momento huye ver-

gonzosamente con un hombre, traicionando el amor de tu hijo y hundiéndole en un dolor sin límites!

ELENA. (*Sin poderse contener.*) ¿Con que eso le dijiste? Y dime, ¿cuando tales frases pronunciabas, los labios de la muerta no se entreabrieron para sonreir y bendecirme?

ERNESTO. (*Contrariado.*) Qué! Yo he oido mal.... ¡Para bendecirla, Dios mio! Oh! Esta mujer está loca! En fin, no mendigo ya tu cariño, mas para conservarte un resto de estimacion ó para acabar de despreciarte, necesito que me impongas del secreto á que haces alusion en la carta que me dirijiste.

ELENA. No puedo revelarlo.

ERNESTO. Lo dirás.

ELENA. No lo revelaré.

ERNESTO. Te digo que lo dirás! Prónto.

ELENA. Es un secreto, entiendes? Nadie debe saberlo. Yo misma quisiera olvidarlo!

ERNESTO. (*Tomándola del brazo.*) Sí me lo has de comunicar!

ELENA. Déjame.... ó gritaré!

ERNESTO. (*Conteniéndose apénas.*) Grita. ¿Qué me importa morir? Habla!

ELENA. Nó!

ERNESTO. (*Fuera de sí.*) No hablas? Pues bien, yo sabré arrancártelo!

ELENA. Me lo arrancarás? (*Llevando instintivamente las manos al relicario y oprimiéndolo convulsivamente.*)

ERNESTO. Infeliz! Ya sé donde lo ocultas! Tú misma te has vendido! Ese medallon encierra lo que yo busco!

ELENA. Aquí no hay nada.... nada! Créeme.... Te lo juro!

ERNESTO. Dáme ese medallon.

ELENA. (*Queriendo huir.*) Déjame!

ERNESTO. No te vás! Antes de que huyas.... te lo arrebataré!

ELENA. Detente!

ERNESTO. (*Tomando el medallon.*) Ya es mio! Me abrasa las manos.... pero he de abrirlo!

ELENA. No.... suelta !
ERNESTO. Cede.... toco un papel.... le tengo ! Oh ! He triunfado ! Aquí está !
ELENA. No lo leas !
ERNESTO. Apártate. Lo leeré !
ELENA. Por la memoria de tu madre !
ERNESTO. Suelta te digo ! Leamos. (*Leyendo el papel que ha sacado del medallon.*) "Mi adorada Elena...."
ELENA. No sigas.... no sigas !
ERNESTO. (*Que ha continuado leyendo para sí, y en el colmo de la ajitacion.*) Qué es esto?....: Mis ojos me engañan ? No.... Aquí.... aquí está escrito ! (*Con explosion.*) Gran Dios ! Tú !.... Con que tú eres....
ELENA. (*Aterrada, viendo á Cárlos que aparece por la puerta del fondo.*) Calla !

ESCENA X.

ELENA, ERNESTO *y* CARLOS.

CARLOS. Caballero, es U. un villano !
ERNESTO. Qué dice U. ?
CARLOS. Antes de entendernos de otro modo, es indispensable que me dé U. ese papel que oprime con su mano.
ELENA. No lo entregues !.... Guárdalo !
ERNESTO. Este papel ! Para qué ?
CARLOS. Para convencerme del perjurio de esta señora, y vengarme con conciencia !
ERNESTO. Señor Lafuente, no puedo acceder á lo que U. me pide.
CARLOS. Necesito ese papel !
ERNESTO. (*Con entereza.*) Imposible ! En él se trata de la honra y de la tranquilidad de mi padre, y nadie ¿ lo oye U. ? nadie se impondrá de su contenido !
CARLOS. Por última vez ! Ese papel !
ERNESTO. Repito que es imposible !
CARLOS. Ya que U. se obstina en negármelo vivo, yo sa-

bré arrancárselo muerto! (*Sacando la pistola y apuntándole.*)

ELENA. No por Dios! (*Dando un grito y cayendo desplomada.*)

ESCENA XI.

ELENA, ERNESTO, CARLOS, DON PEDRO *y* REMIGIO.

D. PEDRO. (*Desde la puerta del fondo.*) Es mi hijo! No le mate U.!

REMIGIO. (*Corriendo al lado de Cárlos y desarmándole.*) Modérate, Cárlos! (*Aparte*) Mi triunfo es un hecho!

ERNESTO. (*Con rapidez*) Vámonos, padre! No podemos permanecer en esta casa ni un segundo más.

CARLOS. Cómo? Crée U. que le permita la salida, sin que me deje....

ERNESTO. (*Guardando el papel.*) Ya he dicho á U. que nó. (*Con fiereza y en voz baja.*) Y ahora que está aquí mi padre, mas que nunca, silencio! (*Alto.*) Mañana á las diez, vendré á ponerme á las órdenes de U.

D. PEDRO. Piensas batirte?

ERNESTO. (*Esforzándose por llevarse á su padre.*) En marcha, padre mio!

D. PEDRO. Explícame siquiera....

ERNESTO. (*Llevándoselo.*) Todo lo sabrá U., pero léjos de este sitio. Partamos, padre, partamos!

REMIGIO. (*A Cárlos.*) Estás convencido de que esa mujer te vende?

CARLOS. (*Sollozando y arrojándose en brazos de Vermont.*) ¡Ay, Remigio, y yo que la amaba tanto! (*D. Pedro y Ernesto desaparecen por el fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

—

SOMBRAS Y LUZ.

—

La misma decoracion del acto anterior.—Las nueve de la mañana.

—

ESCENA I.

REMIGIO *y* ELENA.

REMIGIO. ¿De modo que no crée U. en mis palabras?

ELENA. Le he dicho ya que las excuse.

REMIGIO. Pues no obstante su prohibicion, es de todo punto necesario sepa U. que si no ha acontecido anoche una catástrofe horrible se debe á mí.

ELENA. A U.?

REMIGIO. Sí, señora, á mí. Previendo alguna desgracia con la entrada de Ernesto á esta casa, puse en conocimiento del padre el lugar donde se hallaba su hijo y el peligro que corria. Fuí quien contuvo á Cárlos en sus raptos de ira, y he sido tambien yo, quien con mis consejos he logrado evitar de anoche á hoy, muchas escenas terribles entre él y U.

ELENA. Si esas escenas de que me habla se hubiesen efectuado, no me habria faltado valor para resistirlas.

REMIGIO. Pero en la lucha, hubiera sido U. la vencida.

ELENA. O la vencedora. Dios no abandona nunca á los inocentes que en él esperan!

REMIGIO. (*Con intencion.*) Y se considera U. en el número de....

ELENA. De los inocentes? Sí, señor Vermont; y entienda U. que á pesar de mi inmensa desventura, ni admito sus palabras, ni acepto su proteccion.

REMIGIO. En mucho valora U. sus fuerzas.

ELENA. Y qué! ¿Creé U. que una pobre mujer debe callar y renunciar á defenderse porque esté convencida de su debilidad? Caballero, el verdadero valor no consiste en la fuerza material, sino en el derecho apoyado de la conciencia. Por eso vemos que muchas veces impone más el brillo de una mirada, que la punta de un puñal.

REMIGIO. Me place saber sea U. tan heróica y que abrigue la firme resolucion de hacerle frente á su infortunio. Más yo, que no podré dejar de amarla miéntras respire, le ofrezco nuevamente mi proteccion con la mejor voluntad.

ELENA. Gracias, señor Vermont, he dicho á U que confio en Dios. (*Váse.*)

ESCENA II.

REMIGIO *solo.*

REMIGIO. Siempre las mismas fraces! Siempre igual desprecio!....Qué importa? Débil barca que se mece orgullosa sobre las blancas espumas, ignorando qué ya el huracan brama á lo léjos y que pronto será arrastrada á las profundidades del Océano! Dicen que la constancia suele vencer imposibles....La mia ha sido ejemplar, y sin embargo, no he podido torcer la voluntad de esa mujer. (*Despues de un corto silencio.*) Lo que es esta vez, no escapará de la celada! Mi última tentativa ha de darme el espléndido éxito que me prometo. Cárlos se acerca....

ESCENA III.

REMIGIO *y* CARLOS.

CARLOS. (*Sin reparar en Remigio.*) Quisiera verla.... y al mismo tiempo evado su presencia, dudando si me será dado contenerme.

REMIGIO. Qué taciturno estás.
CARLOS. Tú aquí? Perdóname, no habia reparado en tí.
REMIGIO. Es necesario que no te abandones así. ¿Qué seria de los míseros mortales tomando las cosas á pecho?
CARLOS. Soy tan desgraciado!
REMIGIO. Quién vá á negar eso? Mucho se sufre en este mundo, más los mayores sufrimientos encuentran en el tiempo alivio. ¿Hay mayor dolor que el de una madre, cuando el hijo adorado agoniza y muere en sus brazos? Y sin embargo, tú lo sabes tan bien como yo, trascurren algunos años y es ménos el dolor de esa madre, pasan otros más, y ya ese dolor apénas le arranca una lágrima.
CARLOS. Para mí no habrá consuelo, Remigio. El golpe ha sido terrible: estoy herido de muerte!—Desde el momento en que ví á esa mujer!.... (*conmovido.*) Oh! Recuerdo perfectamente aquel momento. Estaba en la iglesia arrodillada ante el altar de la Vírgen María. Vestia de negro y sus manos oprimian un libro de oraciones. Estático la contemplaba!....Un poder misterioso me impedia moverme del lugar donde me hallaba; y cada vez que la hermosa niña fijaba sus ojos en los de la madre de Dios implorándole quizás consuelos, yo tambien fijaba los mios en los de la divina imágen, suplicándole me concediese la dicha de ser amado por la que tan fervorosamente rezaba! Desde entónces Elena fué mi pensamiento, mi esperanza....todo en el mundo para mí. Si por un dia de ventura me hubiese pedido la vida, te juro que....
REMIGIO. (*Interrumpiéndole.*) Te atormentas inútilmente. ¿A qué invocar recuerdos dolorosos que nada traen?
CARLOS. Desde el instante en que Elena oyó con despego la ingénua declaracion de mi cariño, era prudente que yo ahogase todas mis aspiraciones. He sido un insensato! Si yo he debido reflexionar mucho ántes de darla mi mano!
REMIGIO. Cálmate. ¿Qué remedias con desesperarte? ¿Si

la has amado y te has casado, qué quieres? Lo hecho, hecho está, y así debe quedar.

CARLOS. Y tú, á quien confiaba todos mis asuntos, tú no ignorabas la existencia de este amor, ¿por qué no me hiciste algunas observaciones para lo venidero? Como hombre de más edad y de más esperiencia que yo, previendo lo que sucederia, has estado obligado á ser franco conmigo.

REMIGIO. Y me hubieras creido?

CARLOS. Es verdad. (*Despues de una lijera pausa.*) Pero has dicho que esto quedará como está, y.... que no puedo consentir en que esto quede así.

REMIGIO. Y qué harás?

CARLOS. He sido engañado alevosamente por esa pérfida, y es deber mio castigarla. ¿No convienes tú en que me ha engañado?

REMIGIO. Cómo decir lo contrario? Con tus propios ojos los has visto juntos y....

CARLOS. Oyeme, Remigio. Mi cerebro es un volcan.... Apénas puedo coordinar dos ideas.... Ilumíname en este particular.

REMIGIO. (*Finjiendo sorpresa.*) Eh! ¿Volvemos á las andadas? ¿Quieres que como anoche te aconseje?

CARLOS. Eso quiero.

REMIGIO. No.... no lo lograrás. Me resisto á seguir tomando parte en este asunto.

CARLOS. No me hables así. Fué tu plan de anoche, el que me guió á la verdad disipando las dudas que me devoraban; y serán tus palabras de este instante, las que acaban de despejarme el camino que debo seguir. Habla. Te ofrezco de antemano aceptar tu opinion y ceñirme á tus determinaciones.

REMIGIO. (*Con vacilacion.*) Cárlos....

CARLOS. Si eres mi amigo, pruébame de este modo tu amistad.

REMIGIO. Vamos.... exijes las cosas de una manera que.... Escucha. Procura inmediatamente una entrevista con Elena, y como creo que la prueba

fidedigna de su delito existe en aquella carta, se la pides resueltamente.

CARLOS. ¿No sabes que esa carta la posée el otro?

REMIGIO. No importa: ella sabrá lo escrito en aquel papel. Le exijes la revelacion de todo.

CARLOS. Y si se niega?

REMIGIO. La amenazas.

CARLOS. Y si resiste á la amenaza?

REMIGIO. De todos modos, amigo mio, no vas á tener otro medio que lanzarla fuera de tu casa. Este proceder no te causará remordimiento, pero no ha de faltarle á ella una amiga que la reciba.

CARLOS. O un amante que la proteja.... si acaso muero en el duelo.

REMIGIO. En tanto que ella está asilada y que el duelo se verifica, intentas la demanda de divorcio y.... todo queda concluido. Si eres tú el vencido, Elena cargará con un remordimiento eterno; si por el contrario, es el otro, ya quedais por el divorcio libres y de consiguiente en capacidad de vivir cómo y dónde os plazca, tú en España y ella en América.

CARLOS. Sí, tienes razon. Ella y yo no podemos continuar viviendo bajo un mismo techo! (*En la puerta del fondo.*) Bruno! Diga U. á la señora, que necesito hablarla inmediatamente.

REMIGIO. (*Aparte.*) Oh, dicha! Abandonada y sola, no hallará mas recurso que echarse en mis brazos!

CARLOS. (*Volviendo*) Estoy resuelto: pronto terminará todo.

REMIGIO. Supongo que es inconveniente mi presencia aquí.... y me retiro.

CARLOS. De ningun modo.

REMIGIO. Pretendes que....

CARLOS. Quédate. Quiero que comience su expiacion, revelando su culpa ante un amigo del esposo vendido.

ESCENA IV.

REMIGIO, CARLOS *y* ELENA.

ELENA. Me llamabas?

CARLOS. (*Con sequedad.*) Siéntese U. (*Pausa.*)

ELENA. Puedes hablar: te escucho.

CARLOS. Señora, se hacen indispensables entre nosotros una revelacion y un rompimiento.

ELENA. Creo, Cárlos, que para ambas cosas, no es necesaria la presencia de un extraño en esta sala.

CARLOS. Mi amigo el señor Vermont ocupa ese asiento, porque yo se lo he exijido.

ELENA. Puesto que tú lo quieres....

CARLOS. Oigame U.—Durante los muchos años que la visité en Madrid, cierto es que la fastidiaria contínuamente con las protestas de mi amor; mas es tambien una verdad que ni con una palabra indiscreta hice sonrojar su frente. Repito tales cosas, para recordar á U. que mi comportamiento y mi respeto, indicaban el lugar privilejiado que ocupaba U. en mi corazon !

ELENA. Quién podrá negarlo ?

CARLOS. Despues de una grande lucha sin tregua, rendido de cansancio y convencido de la indiferencia de U., resolví alejarme para no volver á verla jamás. ¿ No cree U. que es preciso ser en extremo generoso, para aceptar resolucion tan desesperada, con el único fin de dejar tranquilo al ídolo adorado, libertándolo de nuestra presencia y de nuestras quejas ? Mi resolucion era irrevocable y me disponia á partir.... Si no lo verifiqué fué por U.... Por U. que dijo amarme y me brindó su mano, por U. que aprovechándose de mi arrebato y queriendo evitarme una hora de reflexion, me halagó con el ilusorio pensamiento de partir conmigo !

ELENA. Me ofendes, Cárlos !

CARLOS. Casado ya, siempre ciego por mi inocente cariño, la he proporcionado distracciones, la he rodeado de placeres.... no he dormido pensando en su felicidad ! Y en cambio....

ELENA. Qué vas á decir ?....

CARLOS. Señora, en cambio de mi respetuosidad de amante, y de haber cumplido mi palabra haciéndola mi esposa, y de haberla amado con un amor infinito.... en cambio de todo esto, me ha vendido U. miserablemente !

ELENA. (*Con firmeza.*) Caballero, no he faltado nunca á mis deberes de esposa, y la honra de su nombre está tan inmaculada, como el dia en que U. me la confió.

CARLOS. ¿Con que no ha faltado U. nunca á sus deberes? Y Ernesto Santa-Cruz?.... (*Reprimiéndose.*) No.... digo mal. A qué nombrarle? Ernesto! Bah! Si Ernesto es un jóven....á quien U. apénas conoce.

ELENA. No sé mentir: le conozco y no niego que en otro tiempo le amé entrañablemente.

CARLOS. (*Sarcásticamente.*) Y por esa sencilla razon le dió U. una cita y....

ELENA. Se engaña U., Cárlos. Supe que Ernesto se encontraba en esta ciudad, cuando le ví en el dintel de esa puerta.

CARLOS. Y U. al verle, le sonrió y le recibió.... pues, con el cariño de otro tiempo.

ELENA. No podia arrojar á la calle al hijo de la mujer que tanto me favoreció.

CARLOS. Basta de escusas y acabemos cuanto ántes. Todo ha terminado entre nosotros, señora, y es fuerza separarnos para siempre. Voy á intentar el divorcio y para lograrlo sin dilacion, necesito una prueba irrecusable que U. me dará.

ELENA. Qué prueba es esa?

CARLOS. La revelacion del contenido de aquella carta que Santa-Cruz me negó y que U. se empeñó en que él guardára.

ELENA. Cielos! ¿Y por qué quiere U. imponerse de ella?

CARLOS. Porque estoy convencido de que U. ha escrito aquel papel dando una cita....Y esto es lo que yo deseo que U. confiese, para que Vermont lo oiga y ratifique la declaracion de U., ante el Magistrado competente.

ELENA. Eso....es imposible. Aquella carta contiene un secreto que no me es dado revelar.

CARLOS. Debo saberlo.

ELENA. No lo sabrá U.!

CARLOS. (*Tomándola violentamente del brazo.*) Habla!

ELENA. Me maltrata U....

CÁRLOS. Habla, infame!

ELENA. Aunque U. me destroze el brazo, aún cuando me aplique un hierro candente, no hablaré.

CARLOS. (*Arrojándola léjos de sí.*) Infierno! Bien.... no insisto. Remigio declarará lo que ha presenciado y lo que ha oido; y esa carta, padron del perjurio de U., yo se la arrancaré á Ernesto junto con la vida!

ELENA. No soy culpable!

CARLOS. Señora, ni una palabra más!

ELENA. (*Cayendo de rodillas.*) Dios mio, no hay nadie que me proteja?

REMIGIO. ¿Quién ha de protejerla, señora? Todo está tan claro como la luz del dia!

ELENA. Silencio, Vermont! ¿Con qué derecho me recrimina U.? Hombres que contemplan con tanta frialdad la deshonra y la vergüenza de una mujer sin mancha, no pueden ser sino idiotas ó cobardes!

REMIGIO. Soy amigo de Cárlos, y la lealtad tiene tambien sus derechos.

ELENA. Y dice este hombre que es leal!

REMIGIO. Si lo duda, sepa U., señora, que he sido yo quien dolido del infortunio de Cárlos, lo he preparado todo hasta llevarle al pleno convencimiento de su desgracia. He sido yo la voz que le ha aconsejado el lanzamiento de U., y tambien seré yo quien no le permita cejar ni un paso en esta determinacion.

ELENA. Es U. una fiera!

REMIGIO. (*Con indiferencia.*) Soy simplemente un amigo leal que ha aconsejado así, porque la deshonra de este hombre es ya pública.

CARLOS. (*Levantándose súbitamente de la silla donde se habia dejado caer.*) Pública dices?

REMIGIO. Sí, sábelo de una vez. En todos los cafés, en todas las plazas, no se habla de otra cosa que del escándalo de anoche. Unos dicen que eres un cobarde, porque no mataste al seductor, otros aseguran que Ernesto entró á esta casa con tu consentimiento.

CARLOS. Calla, Remigio! No más!

REMIGIO. Aquellos persisten que ámbos esposos están ya

perfectamente acordados, estos en que se dará un baile para desvanecerlo todo. En una palabra, todos murmuran, todos comentan y todos rien !

CARLOS. Ah ! Todos rien ! ¿ Cómo borraré de mi frente este inri infamante, para que no me señale el mundo con el dedo ? (*Con profunda amargura.*) Si pudiera hacer visible mi tormento ! Si lograra ser creido ! ¡ Pobre acusado sin culpa sobre las gradas del cadalso, que ni siquiera inspira lástima por el dolor que le desgarra el alma ! (*Rehaciéndose y tomando á Elena del brazo.*) ¿ Has oido lo que se dice, lo que se piensa de mí ? Respóndeme, lo has oido ? (*Frenético y arrastrándola al fondo.*) Fuera de esta casa, esposa adúltera, fuera de aquí !

ESCENA V.

ELENA, CARLOS, REMIGIO *y* ERNESTO.

ERNESTO. Deténgase U., caballero !

ELENA. (*Con júbilo.*) Ernesto !

REMIGIO. (*Aparte.*) Maldicion !

ERNESTO. (*Adelantándose.*) Deténgase U. Si no porque se lo grita la conciencia, á lo ménos por un rasgo de cortesía.

CARLOS. (*Dominado.*) Le veo y dudo si estoy soñando !

ERNESTO. Por qué ? ¿ No le ofrecí ayer noche, venir á ponerme á su disposicion hoy á las diez ? Y gracias á Dios que he llegado á tiempo de evitarle un remordimiento.

CARLOS. Se atreve U. á disculparla ?

ERNESTO. Antes de todo, óigame U. dos palabras. Sé manejar toda especie de armas y á nadie temo.

CARLOS. Y ese exordio ?....

ERNESTO. Sirve para hacer entender á U., que si le exijo un momento de atencion, es por deber....no por cobardía.

ELENA. (*Aparte.*) Qué irá á decir ?

CARLOS. Hable U.

ERNESTO. (*Conespresion.*) ¿ Recuerda U. sus ilusiones de

niño, cuando esperanzas y sonrisas descendian sobre su vida, como desciende al fondo de los valles la blanca nieve de las montañas ?

CARLOS. Sí.

ERNESTO. ¿ Recuerda U. lo cándidas que han sido sus lágrimas, al invocar la dulce memoria de su madre ?

CARLOS. Sí.

ERNESTO. ¿ Recuerda U. como palpitó su corazon enamorado. cuando estrechó la mano de esta niña, llamándola por primera vez esposa suya ?

CARLOS. (*Con emocion.*) Sí.

ERNESTO. Pues bien, sus ilusiones de niño, las lágrimas por su madre, las palpitaciones del corazon por la esposa, no son tan puras, no, como es pura esta mujer !

CARLOS. Necesito pruebas !

REMIGIO. (*Aparte á Cárlos.*) Energía !

ERNESTO. ¿ De manera que no crée U. en mis palabras ?

CARLOS. No.

ERNESTO. ¿ Y si yo se lo asegurase, enterrándome un puñal en el corazon ?

CARLOS. Tampoco U. moriria y yo quedaria con la misma duda. Quiero pruebas....y pruebas terminantes !

REMIGIO. (*Aparte á Cárlos.*) Perfectamente !

ERNESTO. Con que no hay remedio ! (*Despues de un momento de vacilacion.*) Sea ! Las pruebas que U. me pide existen en esta carta ! (*Sacándola.*)

ELENA. ¿ Qué vas á hacer ?

CARLOS. Démela U.

ERNESTO. Señor Lafuente, lo que contiene este papel, es vergüenza para su esposa, dolor para U. la muerte de mi padre y la deshonra mia ! ¿ Insiste U. ?

CARLOS. Insisto. Déme U. ese papel.

ELENA. (*A Ernesto con desesperacion.*) No, no lo dés !

ERNESTO. Elena, Dios lo quiere !

ELENA. (*Con rapidez y fuera de sí.*) No hay tales pruebas ! No crea U. nada, señor Vermont ! Cárlos, yo he violado mis juramentos, he man-

chado tu nombre y avergonzada de mi conducta, huyo de esta casa que deshonro!

ERNESTO. Detente: no será tu sacrificio más grande que el mio!

REMIGIO. (*Aparte.*) Tiemblo!

ELENA. Por piedad! No entregues esa carta!

ERNESTO. La entregaré. (*Con firmeza.*) Yo no puedo cometer el crímen de envolver á un ángel en la culpa de una pecadora! Señor Lafuente, tome U. el papel.

ELENA. Infeliz!

CARLOS. Ya es mio!

REMIGIO. (*Arrebatándoselo á Cárlos.*) Dámelo: quiero leerlo. (*Leyendo.*) "Mi adorada Elena:—Voy á morir y es necesario confesarlo todo. No ha estado oculto á mis ojos el amor que te consagra Ernesto, ni el que tú le profesas; pero este amor es imposible, porque Ernesto....es tu hermano."

CARLOS. Ah!

REMIGIO. (*Asombrado.*) Su hermano!

ERNESTO. Siga U. caballero. ¿No concibe U. que estos momentos me matan?

REMIGIO. (*Leyendo agitado.*) "Dios me ha dado fuerzas para hacerte esta revelacion, porque creo que tu alma es muy noble y no comunicarás á nadie mi secreto. De tu silencio depende la tranquilidad de un anciano que es mi esposo y la dignidad de un jóven que es mi hijo. Quiero que como lo han hecho en vida, continúen bendiciéndome en la eternidad. Unas pocas palabras más. A los diez y siete años de edad, y ocho años antes de casarme con Don Pedro Santa-Cruz, vivia en la aldea de Monte-Blanco, donde un forastero se enamoró de mí. Yo le correspondí, creí en sus promesas y fuiste tú el fruto ignorado de nuestro amor. (*Con vacilacion.*) Pocos meses despues recibí el castigo de mi falta: tu padre desapareció. El venerable párroco de la aldea te tomó á su cargo, y tanto hizo por nosotras, que llegó á descubrir que tu padre

y mi seductor, era un miserable (*con desórden creciente,*) fugado del presidio de Tolon, y llamado Remigio Lafere, nombre y apellido que tuvo especial cuidado en ocultar."

ELENA. (*A Ernesto á media voz.*) ¿Ves como tiembla ese hombre?

ERNESTO. (*Idem*) Sí....no puede dominar su agitacion! (*alto*) Continúe U.

CARLOS. Adelante.

REMIGIO. (*Casi sin poder leer.*) "Varias veces miré con extrañeza en el arranque de su brazo derecho una marca negra" (*Pasando rápidamente la carta á su mano izquierda y escondiendo su derecha, sin darse cuenta de lo que hace.*) Ah!

ERNESTO. ¿Qué le sucede á U.?....

CARLOS. Su rostro está lívido!

REMIGIO. (*Copletamente trastornado.*) No....es que.... Siento un malestar....

ERNESTO. Déme U. esa carta, yo concluiré. (*Leyendo.*) "Pero enamorada y confiada como estaba, nunca imaginé que era aquella la señal infamante que deja la argolla del presidiario, Por esa señal, hija mia, y por algun otro incidente, llegues tal vez á encontrarle; y si esto acontece, perdónale y húyele, porque ni aún lástima merece quien abandona á una pobre madre con el tierno pedazo de sus entrañas! Fijos los ojos en la inmensidad y sonriendo á tu imágen adorada, espero tranquila la muerte porque creo que una palabra tuya, no me hará perder el afecto de mi esposo y el respeto de mi hijo. Adios, Elena mia, y hasta que nos veamos en el más allá.—Henriqueta de Santa Cruz"—(*Haciéndose superior á su pena.*) La que firma este papel, es mi madre! Esta, es mi hermana! Y éste....(*por Remigio*) ya voy á decir quién es éste!

REMIGIO. (*Aparte*) ¿Qué intenta?

ERNESTO. (*A Remigio con ademan resuelto*) ¿Por qué

ha ocultado U. la mano derecha, cuando hablaba esta carta de la marca que deja la argolla del presidiario?....Enséñeme U. esa mano!

REMIGIO. Tal violencia es indisculpable! No puedo darla.

ERNESTO. (*Guardando la carta.*) Yo la tomaré!

REMIGIO. Suelte U.

ERNESTO. (*Haciendo lo que dice*) No....Son inútiles sus esfuerzos....Fuera el guante! Oh! Aquí está! Aquí está la marca negra, el sello del presidio de Tolon!

CARLOS. Qué veo?

ERNESTO. Este es el seductor de mi madre y....

ELENA. (*Interumpiéndole y con un grito ahogado*) Mi padre!

ERNESTO. Miserable, has caido en mis manos! Si la justicia de Dios debia cumplirse! El párroco de la aldea de Monte-Blanco existe.... y será fácil probar la identidad de tu persona para arrojarte otra vez á las inmundas prisiones que te reclaman!

REMIGIO. No, no lo hará U.! Hija de mi alma, á quien suplico por primera vez, intercede por mí!

ELENA. Levántese U.!

REMIGIO. Santa-Cruz, no me hará U. volver á aquella guarida de condenados! Yo conozco que soy vergüenza para Elena y para su esposo, conozco que soy una amenaza para U., conozco todo eso; pero le juro por Enriqueta de Santa-Cruz, que partiré inmediatamente léjos, muy léjos, y que jamás se abrirán mis labios para turbar el reposo de su anciano padre!

ELENA. Ernesto, en nombre de mi madre, que es la tuya te exijo que le perdones.

ERNESTO. Qué me pides?

ELENA. (*Con ternura.*) Mira, alza tus ojos al cielo.... ¿No la ves allá, como estiende sus brazos, pidiendo clemencia para el que llora arrepentido?

ERNESTO. Tú lo mandas?....Sea!

REMIGIO. (*Con efusion.*) Gracias, hija mia, gracias! Dame un abrazo que será el último! (*A Cárlos*) ¿Permites que abraze á mi hija?

ELENA. No necesita U. de ese permiso. (*Abrazándole.*) La criatura que niega á sus padres por infames que estos sean, no puede ser hechura de Dios ! Parta U., padre mio, expié en país extraño su delito, y....vuelva con confianza. Aquí, ó donde resida, hallará U. una hija que será apoyo de su ancianidad y que recojerá su último suspiro.

CARLOS. Es un ángel !

REMIGIO. Elena....adios !—Santa-Cruz, cuento con su estimacion.—Cárlos, perdóname ! (*Al llegar á la puerta del fondo, vuelve el rostro, mira á Elena y exclama al partir.*) ¡ Qué hermosa es ! Dios la haga feliz !

ERNESTO. (*A Cárlos.*) ¿ Y ahora, señor mio, dudará U. de la inocencia de mi hermana ?

CARLOS Perdon, Ernesto ! Y tú, mujer purísima, me perdonas tambien ?

ELENA. Mejor que mis labios te lo dirán mis brazos ! (*Se abrazan.*)

ESCENA ULTIMA.

ELENA, CARLOS, ERNESTO *y* D. PEDRO, *que entra aceleradamente.*

D. PEDRO. Don Cárlos, ¿ está aquí mi hijo ?

ERNESTO. Aquí estoy, padre mio.

D. PEDRO. Ah ! Respiro. He leido la carta que dejaste abierta en tu habitacion y....Creí no llegar á tiempo,

ERNESTO. Calme U. su afan.

D. PEDRO. Y el duelo ?

ERNESTO No se verificará.

D. PEDRO. Señor Lafuente, ¿ es cierto lo que dice mi hijo ?

CARLOS. Es la verdad, señor Santa-Cruz.

D. PEDRO. Explíquese U.

ERNESTO. (*Con viveza.*) Yo lo explicaré todo. (*Aparte á Cárlos.*) Cárlos, que mi padre ignore siempre lo que ha pasado.

CARLOS. (*Aparte á Ernesto.*) Nada sabrá por mí.

ERNESTO. Elena ha sido nuestro ángel tutelar. Cárlos, deseoso de luz en su incertidumbre, rejistró minu

ciosamente los papeles de su esposa, y por fortuna nuestra, entre ellos encontró un pequeño pliego, ó sean memorias de Elena, escrito por ella desde muchos años atrás. Por dicho pliego nos hemos impuesto de que Cárlos era amado apasionadamente por esta niña, desde el dia en que le conoció, profesándome á mí únicamente el afecto que nace de la gratitud. En virtud de esto, qué hacer? He renunciado á mi insensato amor, y este caballero, convencido de la fidelidad de su esposa, me ha perdonado.

D. PEDRO. Y esos apuntes de Elena?

ERNESTO. Están contenidos en este papel.... (*Sacando la carta.*)

ELENA. (*Con rapidez.*) Pero pronto no existirán, porque....

EMILIO. (*Idem.*) Sí....porque ella nos ha suplicado los hagamos desaparecer....

ELENA. (*Idem.*) Pues....Sin mostrarlos á nadie!

EMILIO. (*Vá á la ventana, rompe la carta y arroja fuera los pedazos. A Cárlos con intencion.*) Cárlos, así como el viento se lleva los fragmentos de estas memorias, asi mi promesa y mi deber arrastrarán al olvido recuerdos y esperanzas! Adios, amigo mio!

CARLOS. Hasta muy pronto, corazon noble!

D. PEDRO. (*A Cárlos.*) Ernesto y yo, nos vamos mañana. ¿Cuándo le veremos por allá?

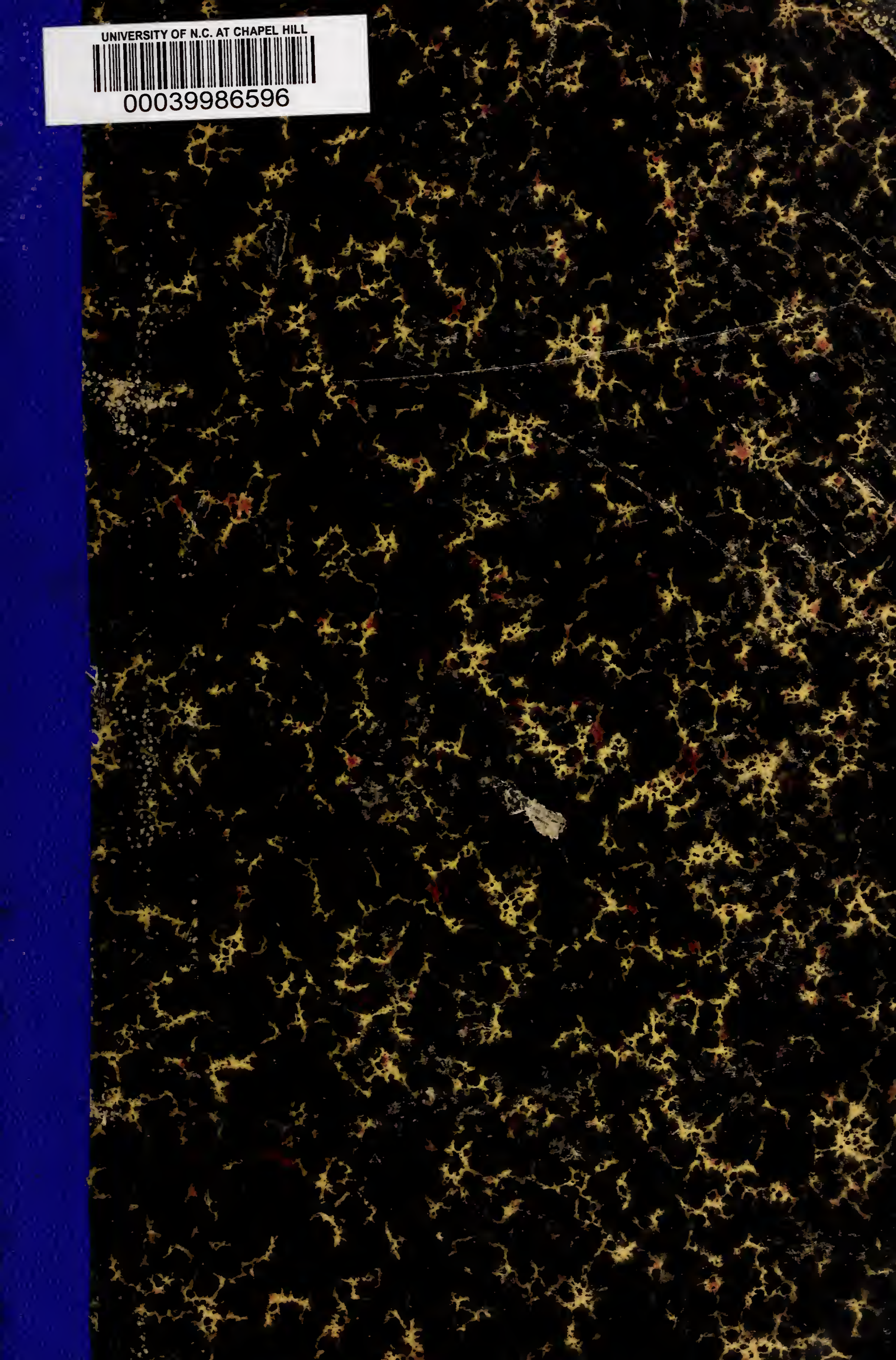
CARLOS. Dentro de quince dias recibirá U. nuestra visita.

ERNESTO. (*A Elena en voz baja y estrechándole la mano tiernamente.*) Adios, hermana!

ELENA. (*Del mismo modo.*) Adios, hermano mio! Reza siempre por ella!

ERNESTO. Padre, volvámonos á Madrid. Hay allá una tumba solitaria que reclama nuestros cuidados, que necesita de nuestras lágrimas! ¿Sabes cuál es? La de tu buena esposa, la de mi santa madre! (*Ernesto y Don Pedro se dirigen al fondo. Elena y Cárlos, abrazados, les miran partir con dolor.*)

FIN.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039986596